

entendidas en su más lata acepción, y propagadas hasta los más remotos confines á que pueda alcanzar la palabra escrita, inferior siempre, y siempre supeditada á la grandeza, á la magnitud, á la altura de las ideas culminantes...

Aquí el orador fingió que le acometía un acceso de tos; la verdad era que, impulsado por su manía de frasear, había llegado á un punto en que ya no sabía dónde estaba, ni adónde iba; y temiendo naufragar en el océano de su hueca palabrería, quiso tomar aliento para orientarse, y atar sus sueltos y dispersos cabos.

El General le oía, al parecer, con extremada complacencia, y la verdad era que no le disgustaba la facilidad con que el Chango zurcía frases, hilvanaba periodos, amalgamaba conceptos, esmaltándolo todo con tal ó cual palabreja sonora, que soltaba de vez en cuando. Aunque poco ó nada instruido, era el General muy listo, y comprendía al punto, si en lo que oía había ó no sustancia; y cabalmente por no haberla en la fraseología del Chango, le juzgaba á propósito para el cargo de boletinista; pues mientras más vaga y nebulosa fuera la idea, y más sonora y abundante la frase, colegía el General que los editoriales habían de gustar más. El público tiene mucho de niño, le gustan los colores chillones, los sonidos estrepitosos y las frases que suenan bien.

El Chango, con la presunción propia de los mozos que son ó se creen de talento, apenas se preocupaba por el voto del General, á quien tenía por tonto de capirote, por ignorante supino y más craso que un cerdo. En cambio, temía mucho la sólida inteligencia y la aguda sátira de

Pacotillas, que, sin duda, iba á comérselo á pullas al salir de allí. No se engañaba, pues, Paco, enemigo acérrimo de las palabras retumbantes, que no desempeñan más papel que el meramente decorativo, estaba que no cabía en sí de impaciencia por el gárrulo charlar de su amigo. Por fin, no pudo contenerse, y mientras Robles tosía, murmuró al oído de Torres aquel conocidísimo verso satírico:

—«¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?...»

Torres sonrió, el Chango acabó de toser, el General, demostrando mucho más entusiasmo del que sentía, dijo:

—Muy bien, señor Robles, no se fatigue usted más; basta con lo dicho, quedo altamente satisfecho de usted; no cabe duda, tiene usted muchísimo talento; ¡oh! usted hará carrera. Por fortuna va por muy buen camino. No es por alabarme ni por darme importancia, pero le aseguro que no le ha de pesar haberse encontrado conmigo. ¡Ah, sí! con dos años de campaña periodística irá usted lejos; sí, amiguito, no he de tardar en verlo en la Cámara de Diputados, tratándolo de señor compañero. ¡Qué gusto me ha de dar, acordarme que fui su padrino y le di ocasión para que se luciera. Convéznase, amiguito, no hay hombre sin hombre, todos necesitamos un brazo fuerte. Los primeros pasos son muy difíciles; pero se anda más de medio camino cuando uno encuentra quien lo ayude. Van ustedes á ver: el principio de mi carrera fué muy dificultoso. Yo me metí á la bola el año de 1854 para derrocar la tiranía de Santa-Anna, y, aunque me *foguie* varias veces, no hubiera pasado de subteniente, si una vez no se le antoja á mi jefe hacer mención de mí. Cuando triunfó

el plan de Ayutla, apenas era yo teniente, y no pueden figurarse lo que le agradezco á Comonfort que en la acción de Ocotlán me encargara una misión de mucho riesgo; expuse el pellejo ¡vaya! como que era aquel un fuego de todos los diablos; pero gané mi grado de comandante, y desde entonces todo fué subir. Se lo cuento, no por *echármela*, sino por animarlos. Volviendo á nuestro asunto, me dará mucho gusto el señor Téllez, si, imitando á su compañero, me comunica su plan de ataque en la batalla que vamos á dar.

—Mayor gusto me dará el General,—contestó secamente Pacotillas,—si antes me permite hacer una observación.

—Haga usted las que guste.

—No sé por qué se me figura que nuestro director trata de someternos á una especie de censura previa. Si así es, me tomo la libertad de decirle que no paso por ello. Soy tan enemigo de la opresión, que por eso calzo tan feo; hasta los botines me gustan holgados.

—No tiene usted nada que temer,—dijo el General,—yo no quiero oprimir á nadie, ni censurar las ideas de ninguno; quiero nada más que nos *pongamos* de acuerdo. Vamos á acometer una empresa delicada, y para que salga bien me parece bueno que todos estiren parejo, y no que cada cual jale por su lado, porque entonces todo se lo lleva el diablo; y para que vean que no soy ventajoso, yo mismo les comunicaré mis ideas cuando ustedes hayan hablado. No se alarme pues el amigo Téllez, y conteste á mi pregunta si me hace favor.

No poco desagradó al General aquel áspero é inopor-

tuno rasgo de Pacotillas, á fuer de buen militar, había aprendido á mandar obedeciendo, y consideraba á aquellos muchachos como subordinados suyos; pero el instinto de los negocios, nunca acallado en él, le persuadió á disimular su disgusto. Paco era muy inteligente, escribía muy bien y le iba á costar muy poco; no siendo fácil sustituirle, mejor era aguantarle; al fin y al cabo, aquellos agrios arranques nada tenían que ver con la sección del periódico á Pacotillas confiada.

—Mucho agradezco,—contestó éste,—la explicación que el señor General nos hace, y voy á contestar brevemente á su pregunta. Para desempeñar una comisión literaria no hay más que dos modos de escribir: el bueno y el malo; aunque no soy capaz de ello, me esforzaré en hacerlo de la primera manera.

—No se puede hablar más con menos palabras,—dijo el General,—celebro el laconismo.

Y levantándose oprimió el blanco botón de un timbre eléctrico; momentos después se presentó un criado, á quien mandó el General encender la lámpara y subir una botella de champaña Roederes y cuatro copas champañeras. El mozo cumplió la primera parte del mandato y salió para poner en ejecución la segunda.

—Nos falta el amigo Torres,—dijo el General, volviendo á su asiento;—aunque él esté encargado de la guerrilla, también tiene su importancia ese medio de hostilizar. Con que, dispensándome ustedes mi lenguaje de soldado, pues cada uno habla según su oficio, vamos á oír al señor Torres.

El dicho señor Torres estaba de excelente humor, le

encantaban los modales francos del General, su trato insinuante y agradable, el tino con que ponía las cosas en su punto, las atenciones con que les colmaba y le seducía, hasta embriagarle, la perspectiva del champaña que iba á saborear, pues muy pocas veces el pobre colegial destripado tenía ocasión de gustar de aquel rubio é inquieto líquido.

— Pues yo, señor General, — dijo soltando la sin hueso, — no seguiré á mi colega Robles en sus magníficas y progresistas lucubraciones, ni imitaré tampoco el sentencioso laconismo de Téllez, digno en verdad de un espartano; no poseo esa cualidad y la admiro sin envidiarla. Cada loco con su tema, señor, piense Robles en la política trascendente y yo pensaré en la menuda, que no otra cosa viene á ser la gacetilla. Piense Téllez en la bella literatura, y con ella conmueva, seduzca y arrebathe á las almas sensibles; yo me ocuparé en forjar el suelto diminuto, y con él divertiré á los curiosos y procuraré pasto á la gente hambrienta de noticias. Cada uno tiene su manera de escribir, así como tiene cada cual su manera de matar pulgas, perdonándoseme lo grosero de la comparación. Nada más justo: sean para Robles las complicadas investigaciones políticas en sus relaciones con el progreso de las sociedades, quédese para Téllez el estudio de los ideales estéticos; discierna él con su clara inteligencia y conocimiento del asunto, si hemos de seguir el sendero realista, si hemos de volver á usar la melena de los románticos, el relamido atavío de los clásicos ó algún indumento nuevo; mas á mí déjenme el alboroto, el chisme, el revoloteo. Sean ellos la llama

espléndida, la hoguera ardiente; yo me conformaré con ser la chispa inquieta, la chispa efímera, que se extingue segundos después de haber empezado á brillar, mas no sin trazar en el espacio caprichosa y lumínea trayectoria. En resumen, señor, comprendo mi misión; tengo vocación y, permitidme que yo lo diga, aptitudes para desempeñarla y sabré cumplirla. Haré cuanto pueda para que la gacetilla sea animada, juguetona, variada; para que cada suelto tenga, por decirlo así, su palpitación propia: que uno haga reír, que el otro conmueva, que el de más acá pique la curiosidad, que el de más allá suspenda el ánimo. Correré por todas partes en busca de noticias, y cuando no las encuentre las forjaré de mi propio cacumen.

— ¡Bravo! ¡bravísimo! ¡soberbio! — exclamó el General, intercalando entre exclamación y exclamación carcajadas homéricas y tan voluminosas que, para lanzarlas con comodidad, tenía que echar la cabeza atrás y apoyar la derecha mano sobre el puño de oro del bastón. Torres no cabía en sí de satisfacción al ver el ruidoso júbilo con que fué acogido su humorístico discurso.

En esto entró el mozo, dejó sobre la mesa una charola de plaqué, en cuyo centro mostraba la poco esbelta figura, obesa botella de lacrado cuello, que aprisionaba en su redonda concavidad el efervescente líquido pedido. En torno de la botella, parecidas á cristalinas corolas en delicados pedúnculos sustentadas, abrían sus anchas bocas las cuatro copas, en que iba á chisporrotear la espumosa bebida. El mozo quedó esperando órdenes; el obsequioso General, con amable entonación, exclamó, dirigiéndose á los muchachos:

— Como hemos charlado tanto, es conveniente mojar el pico; vamos á tomar un traguito de champaña; sirve, — añadió dirigiéndose al mozo.

Tomó éste la botella, cortó los alambres que detenían el tapón, oyóse un ruido seco, una especie de detonación sorda; el tapón lanzado como un proyectil fué á chocar ruidosamente con el techo; de la boca de la botella salió un vapor apenas perceptible, y el contenido de ella pasó, poco á poco, á las copas, cuya cavidad quedó casi llena de un líquido opalino, mientras la blanca y ligera espuma rebosaba en los bordes.

Tomó el mozo la charola, la presentó al General, éste le indicó que sirviera primero á los jóvenes, hízolo así el fámulo y retiróse. El General y sus jóvenes amigos apuraron el líquido á pequeños sorbos, previo el choque sacramental, que produjo cristalino y vibrante retintín.

— Ahora me toca deciros mis ideas; no lo haré con la elegancia de ustedes, porque soy hombre rudo, de pocas letras, aunque de mucha letra menuda. No sirvo más que para dar machetazos y también para recibirlos, como lo afirma este costurón que cose una de mis orejas con mi boca. Mi programa es muy sencillo: soy amigo del Gobierno, y deseo que mi periódico no sea un obstáculo al desarrollo de la política actual, sino que en cuanto sea posible lo favorezca; esto no quiere decir que *váyamos* á elogiar ciegamente cuanto haga el Gobierno; no, ¡qué demonio! yo también me la echo de independiente, reconozco un jefe, un superior, porque sólo Dios no lo tiene; pero no admito amos, eso sí que no. Sabremos, pues, censurar, pero será con palabras decen-

tes, como de amigo que da un consejo, no de enemigo que vitupera é injuria, ó de verdulera que echa sapos y culebras por la boca. Yo solo ni por pienso me hubiera metido en esto, soy ignorante y necesito de los que saben; soy más tonto que esa mesa y me valgo de los inteligentes; por eso he recurrido á ustedes, que son buenos muchachos y de mucho porvenir. Ustedes tienen lo que me falta á mí: entendimiento y saber; yo, lo que les falta á ustedes: cuatro tlacos, mundo, relaciones y una posicioncilla; unámonos y nos completaremos. Tal es mi programa; ahora díganme con franqueza si se quieren unir á mí; si gustan, bien, no les ha de pesar; si no, ¡qué le vamos á hacer! no me he de enojar por eso; seguiremos siendo siempre amigos, y ustedes contarán, de todos modos, con uno, tan feo como tan franco, y tan franco como tan partido.

Dió á estas palabras el General tal acento de sinceridad, de buena fe, de honradez, de sencillez ruda y casi campesina, que, persuadidos sus oyentes, sellaron su compromiso.

El General les anunció que para celebrar la fundación del periódico, había dispuesto en el Tívoli una comida para el domingo inmediato; que á esa comida asistirían el ministro y otras personas de mucha influencia, les suplicó que por ningún motivo dejaran de ir ellos; luego les dijo que era indispensable que ese día se repartiera el número prospecto, que había de contener el programa del periódico, el retrato y la biografía del señor ministro y una gacetilla amena y chispeante, que sería el *debut* del espiritual Torres.

En seguida charló con ellos alegremente de distintos asuntos, bromeó hasta con Pacotillas y luego los despidió colmándoles de atenciones, dándoles palmaditas y buenos consejos, llevando su cortesía á tal grado, que no quiso separarse de ellos hasta dejarlos al pie de la escalera.

## CAPÍTULO X

### En el Tivoli

El General se propuso ser espléndido, aprovechar la ocasión de hacer varios gastos en uno, sembrar algo para recoger mucho. Se propuso engolosinar á sus muchachos para que trabajaran recio, seguido y de buena voluntad; esto era lo de menos. Se propuso también obsequiar cumplidamente al ministro y á otros personajes muy encumbrados; y esto sí era muy importante.

Nada más justo, en concepto del General, que obsequiar al ministro: debía hacerlo por deber y por cálculo. Mediante la benevolencia del alto personaje había arreglado el General negocios de cuantía, que le habían producido ya una fortuna; y como aun le quedaban otros en cartera, era conveniente seguir contando con el beneplácito del prócer; y ¿qué mejor manera de conseguirlo que llenarle el estómago de succulentas viandas, la cabeza de vapores alcohólicos y el oído de lisonjeras y festivas frases?

Había que escoger bien la ocasión. Los obsequios, más

que buenos, han de ser oportunos, y el mejor de ellos empalaga ó disgusta si se le brinda fuera de sazón. Pero nada podría ser más oportuno que la comida proyectada: el ministro había subvencionado magnánimamente el nuevo periódico, era su patrono; venía, pues, muy al pelo presentar el chiquitín á quien tan generosamente lo apadrinaba.

Otra ventaja quiso López sacar del banquete, pues era muy amigo de matar dos pájaros de una pedrada, como suele decirse. El General H., que gobernaba el Estado de cuya diputación formaba parte López, estaba en esos días en México. El motivo aparente de su venida era restablecer su salud y descansar un poco de las gubernativas labores; mas en sentir de los maliciosos no había tales carneros, sino que en realidad había venido á concertar con el gobierno general las candidaturas para el nuevo congreso, que había de instalarse en Septiembre de aquel año.

Aunque el General López estaba seguro de su reelección, conveníale no comprometerla en nada, y la comprometiera quizá, si no cumplimentara como debiera, al alto personaje que tanto tenía que influir en la designación de los afortunados mortales que representarían en la Cámara popular la entidad federativa gobernada por él.

Había otro personaje á quien era muy del caso convidar, el señor Guerrero, hombre acaudalado y socio capitalista en la empresa de acopiar concesiones lucrativas, en que López era socio industrial.

Frotábase éste las manos con regocijo, pensando en las muchas ventajas que el banquete iba á producirle: des-